

El goce de *Superman*

CAMILO CAZALLA

Cada época presenta su modo de hacer con la no relación sexual. Es por ello que, durante el Congreso de la AMP en París del año 2014, Jacques-Alain Miller nos invitó a poner en tensión la época victoriana, paradigma de la represión de la sexualidad y durante la cual tuvo lugar la invención freudiana, con la promoción e incluso la intrusión del show de la pornografía, característico de nuestro siglo XXI.

El pasaje de una época a la otra no solo nos revela la transformación de la función del Superyó –pensado en principio como instancia prohibitiva y que hoy muestra toda su ferocidad bajo el imperativo de goce– sino que nos obliga a repensar nuestra práctica a la luz de las nuevas presentaciones sintomáticas.

Partiremos entonces de la constatación que nos revela que la sociedad conformada entre la ciencia y el discurso capitalista encuentra su materialidad técnica en los objetos *gadgets* que son ofrecidos a una modalidad que Lacan denominó, sostenido en la

teoría de Marx, como plus de gozar, y que alimenta un mandato insaciable, imposible de satisfacer.

Lo particular de esta ferocidad superyoica es que, al estar asentada sobre una ley, que es la ley del imperativo, presenta la paradoja de exigir y castrar a la vez la satisfacción que persigue. Es por esta razón que el objeto se nos presenta siempre como insuficiente, en tanto el plus de goce se asienta sobre un objeto perdido.

La adicción, que es la modalidad de goce característica de nuestra época, tiene como telón de fondo el goce pensado como pérdida, correspondiente al registro de la falta. Es así que el hombre de la hipermodernidad se encuentra bajo la metonimia del plus de goce y, en ese camino, el próximo objeto que garantice el goce Todo puede ser también una mujer. Esto se desprende de lo que Lacan afirma en la Tercera cuando sostiene que "... se puede tener un auto como se tiene una mujer" (1998).

El Otro sexo reducido al objeto de cambio elimina cualquier alteridad simbólica y petrifica al hombre en la posición de consumidor. Cómo acceder al objeto que garantice el goce todo es uno de los interrogantes donde se juega, en nuestros días, la partida de la virilidad.

Cuando los semblantes del Nombre del Padre gozaban de buena salud, antes de lo que situamos como el declive de la imago paterna, la configuración en torno a una identificación sexual se obtenía del campo de lo simbólico. El Complejo de Edipo –que fue el nombre otorgado por Freud al proceso de organización, vía la ley del Padre, sobre el goce sexual– permitía que aquel que resignara su posición de falo de la madre en privilegio de un tener, se hiciera con los títulos paternos para asegurar su posición viril. Pero el mencionado resquebrajamiento del Nombre del Padre, impide que hoy lo real del goce se ordene dócilmente entre Damas y Caballeros y, en tanto lo que comanda es el objeto, esta diferencia

pierde su característica metafórica y lo que se acentúa es la vía de la literalidad de los distintos modos de goce.

La ambición científica en su nivel máximo aspira a la supresión del extravío singular del viviente afectado por el goce de *lalangue*, y para eso se sirve de la técnica.

Fin de fiesta

Mientras preparaba la puesta en forma del presente artículo, nuestro país amaneció sacudido por la cruel noticia de la muerte de cinco jóvenes, durante una fiesta electrónica en un imponente complejo de la capital federal, debido a la ingesta de éxtasis. Lo particular de este suceso no es solo que los encargados de la organización del evento, en una marcada ambición de mercado, hubieran ordenado el cierre del suministro de agua corriente que el uso del éxtasis requiere y duplicado el valor de la venta de las botellas de agua mineral, sino que los cuerpos de estos jóvenes sorprendieron una vez que la fiesta hubo terminado y fue necesario desalojar el lugar. Hasta entonces, nadie había tomado nota del asunto ya que cada quien tenía a su partenaire en el bolsillo.

La fatídica pastilla, a la que se podía acceder fácilmente durante el evento, se comercializa bajo el nombre de *Superman*, y es una droga sintética que produce una sensación de euforia en grado máximo.

De este desgraciado episodio podemos suponer que esta fiesta responde al ámbito de una comunidad de goce. Una organización en torno a un goce particular que es elevado a la calidad de significativo amo, una segregación de goce, sostenido en el plus al que la pastilla permitiría acceder. Es el empuje a este borramiento de la castración, propio del discurso capitalista, que no se hace más que encontrarse con el retorno de lo mortífero.

En esta dirección, hay que recordar que Lacan tomó nota prontamente del debilitamiento del Nombre del Padre hasta llegar a hacer de él, hacia el final de su enseñanza, una suplencia entre otras y, junto al reconocimiento de esta debilidad, nos alertó de la propagación de los significantes amo y la segregación de goce que esto implica.

Esta capacidad de poder adelantarse a su tiempo, que Lacan mostró, no responde a ningún tipo de videncia sino, que nos muestra que fue capaz de reconocer el capitalismo como un discurso apoyado en la ciencia que supone un saber en lo real.

Salir de la falta

Es enorme el esfuerzo que hizo Lacan para pensar una satisfacción posible por fuera del registro de la falta en la que opera el orden simbólico como dato de inicio, y que se encuentra ya en la conocida experiencia de satisfacción freudiana.

Jaques-Alain Miller alumbró la enseñanza de Lacan en este sentido, en una orientación por lo real que permitiera ir más allá (o más acá) del goce como perdido. En el capítulo titulado “Lo imposible de negativizar” (2011: 233-246), de su curso *Sutilezas analíticas*, Miller pone en claro cómo el significante en la primera enseñanza de Lacan nos hace entrar en el registro de la falta en ser, como subsidiario de la clínica del deseo.

Pero es necesario observar que, a medida que avanza en su enseñanza, Lacan irá buscando, con sus distintas invenciones, la ruptura de esta lógica de la mortificación de goce. Una de ellas, es la correspondiente al objeto *a*, que en principio fue conceptualizado como resistente a la negatividad fálica, pero que a la altura del seminario 20 revela su ropaje de semblante. Miller lo dice así en la

página 243 del texto citado “En el fondo, –se refiere a los objetos *a*– son unidades que funcionan exactamente como unidades significantes” y en la página siguiente, después de afirmar que Lacan tuvo una primera intención de someter todo a la articulación significativa y, en particular, someter el régimen del goce al régimen del deseo por medio del objeto *a*, dirá: “esta unidad de goce es una unidad significativa manipulada, arreglada” (2011: 244).

Finalmente agrega que Lacan reconoció que lo concerniente al goce no puede satisfacerse en una referencia a lo ontológico, que se había cosquilleado con su falta ontológica, como le gustaba decir a Lacan y sostiene que respecto a esta referencia al goce (al goce que hay, agregamos nosotros) “el objeto *a* es una creación lógica y, en ese nivel, se asemeja en el fondo a un significante” (2011: 245).

El cambio fundamental que le permitirá pensar a Lacan el modo de salir del registro de la falta hacia el goce que hay, tiene lugar recién iniciada la década del 70. A la altura del Seminario 20 (2006), *Aun*, con las fórmulas de la sexuación, Lacan situará como goce femenino, como aquel que no pasa por lo simbólico, y por lo tanto se trata de un goce que no tiene relación con lo imposible de negativizar, de mortificar, de pasar al campo del sentido. Este goce femenino será en su enseñanza el antecedente del goce del *sinthome*.

Para acceder al cambio que estamos explicando, Lacan se vio obligado a transferir el lugar del Otro al cuerpo, dejando atrás al Otro del deseo en la orientación de un goce que hay, que presenta, junto a la no relación sexual, como *Hay de lo Uno*.

Esta ambición de Lacan, de dar con un real que no pase al registro de la negatividad, apunta a salir de la mortificación que implica el orden de lo simbólico, ya sea en su cara significativa, como lo apuntamos respecto al Nombre del Padre, o en su cara de objeto, en tanto que este, como quedó dicho, es producto de un discurso y entonces está situado a la medida del significante.

Ese real del psicoanálisis lacaniano, ese real para cada quien, que solo podemos pensarlo como trozos, piezas sueltas de real, no hace masa. Para decirlo de otra forma, no es posible hacer de ese real que orienta nuestra práctica un amo que reúna ninguna comunidad de goce. Por el contrario, es un real que ya no está sobre el fondo de la pérdida sino de lo que hay y, frente al cual no hay saber más que el acceder a un saber hacer allí. Un saber hacer que no es transmisible ni de una vez para siempre. A eso se orientará un psicoanálisis lacaniano: a que cada quien pueda hacer con el goce que hay, de modo de extraer en la vida un poco de satisfacción no mortificable. No es el goce de *Superman*, es cierto, pero conlleva una satisfacción vivificante.

Bibliografía

- Lacan, J. (1998). “La tercera”. En *Intervenciones y textos*, 2. Buenos Aires: Manantial.
- (2006). *El seminario, libro 20: Aún*. Buenos Aires : Paidós.
- Miller J.-A. (2012). “Lo imposible de negativizar” (pp. 233-246). En *Sutilezas analíticas*. Buenos Aires: Paidós.
- (2014). “El inconsciente y el cuerpo hablante” (pp. 17-32). Presentación del Tema del IX Congreso de la AMP, Un real para el siglo XXI, 2014. En *Revista Lacaniana*, (17). Buenos Aires: EOL.